

PREMIO ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ DE BIOGRAFÍAS 2018

JOSÉ MANUEL GARCÍA GIL

**PRENDER CON
KEROSENO EL PASADO**

**Una biografía de
Carlos Edmundo de Ory**

f)L Fundación José Manuel Lara

Obra galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2018
convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 5 de marzo de 2018:
Antonio Cáceres, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Alberto González Troyano,
Joaquín Pérez Azaústre, Nativel Preciado y Rafael Valencia

Fundación | Cajasol

Primera edición: junio, 2018

© José Manuel García Gil, 2018
© Fundación José Manuel Lara, 2018
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño y maquetación: milhojas. servicios editoriales
Fotografía de cubierta: Carlos Edmundo de Ory en Le Crotoy, mayo de 1968 (Alain Bullo)
Fotografía de contracubierta: Ory en Vienne-le-Château, septiembre de 1977 (Rafael de Cózar)
Fotografías de interiores: Fundación Carlos Edmundo de Ory

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 983-2018
ISBN: 978-84-15673-95-8

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
TARSIS-CÁDIZ	21
Rincón natal	23
El mar y los elementos	30
La casa y la biblioteca	34
La Alameda y sus alrededores	37
La religión	39
Entorno familiar	40
Salud delicada y forja de la personalidad	43
Los estudios	46
La madre	50
El padre	52
Separación de los padres	58
Adolescencia	59
La Guerra Civil en Cádiz	64
La quema de libros	67
La muerte del padre	69
Inicios literarios y periodísticos	73
La juvenalia poética	77
Primeras influencias literarias	80
Teatro juvenil	82
Sevilla y primer viaje a Madrid	83
MAYRIT-MADRID	89
Llegada a Madrid	91
Relación con Gloria Fuertes	97
Bibliotecario en el Parque Móvil Ministerial	103

Obligaciones militares	105
El primer gran amor: Emilia Palomo López.	109
Ruptura con Emilia.	117
Amistad con Juan Alcaide Sánchez.	124
El tiempo de la publicación de <i>Versos de pronto</i>	126
Matías Minos y el final de los años cuarenta.	131
Encuentro con Eduardo Chicharro	135
El amigo italiano: Silvano Sernesí.	160
Hemos venido a jugar: el postismo	164
Amistad con Juan Eduardo Cirlot.	186
<i>Mèphiboseth en Onou</i> : la novela de una vida	201
En el apeadero de la Pensión Garde.	211
Por calles y tabernas con Ignacio Aldecoa	213
Carlos Edmundo de Ory, autor de cuentos.	217
Amistad con Ángel Crespo	223
La sombra del postismo es alargada	229
En torno a los Nuevos Prehistóricos y Mathias Goeritz	237
Amistad con Carlos Martínez Rivas.	247
Carlos Edmundo de Ory y Francisco Nieva: vidas paralelas	252
Darío Suro y el Introrrealismo	262
Alejandro Busuiocanu y «La hermandad de los siete justos»	270
Caballero Bonald y Quiñones en Madrid: sus encuentros con Ory	273
Una nueva década.	282
Ingreso en el Asilo de Convalecientes.	288
Congresos de Segovia y Santiago de Compostela	293
Almanaque de El Grifón para 1955	300
LUTECIA-PARÍS	303
Primer viaje a París	305
Regreso a Madrid	314
Segundo y tercer viaje a París	325

La boda con Denise Breuilh	334
Crónica de una triste mudanza	338
Pierre-Jean Jouve: su tercer maestro	339
RÍMAC-LIMA	353
Viaje y llegada a Perú	355
Busca de empleo en tierra extraña	362
El nacimiento de su hija Solveig	365
Un puesto de profesor en Chosica	368
Regreso a París	381
LUTECIA-PARÍS	385
Nuevos campos de batalla	387
La separación de Denise	403
Los otros amigos de París	417
Félix Grande y la edición de <i>Poesía (1945-1969)</i>	423
PICARDÍA-AMIENS	437
Trabajo en la Maison de la Culture y creación del APO	439
La cabaña en Amiens	448
El verano del amor	455
Aparición de Laure Lachéroy	462
Vuelta a Cádiz: el «Grupo Literario Marejada»	466
El fiasco del premio Canarias de Novela	476
Evolución ideológica y política a partir de mayo del 68	480
Los amigos de <i>Técnica y llanto</i>	486
Barcelona y el descubrimiento de Roberto Bolaño	492
Rompiendo el aislamiento: nuevas publicaciones y viajes	513
El Pregón del Carnaval de Cádiz de 1983	519
PICARDÍA-THÉZY-GLIMONT	523
Thézy-Glimont: última morada del poeta	525
Nueva York y Allen Ginsberg	529

Viajes y más viajes	539
Reconocimientos y últimas actividades	542
Enfermedad y muerte	550
Agradecimientos	559
Bibliografía	561

Uno rara vez sabe para qué o para quién escribe, eso es cierto. Pero si en un futuro no muy lejano mis hijos, Marta y Juan Ramón, pudieran leer estas páginas sentiría que este libro ha logrado tender un puente con el mundo. Por eso está dedicado a ellos.

Yo no creo en la historia, creo en la vida.

CARLOS EDMUNDO DE ORY

*Es preciso llevar un caos dentro de sí
para dar a luz una estrella danzante.*

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*

¿Quién puede decir éste soy yo, señoras y señores del mañana?

MARTÍN CAPARRÓS, *Echevarría*

Quizá la vida de uno sólo es adivinable en palabras ajenas.

HÉCTOR LIBERTELLA

INTRODUCCIÓN

Tengo gusto en presentarme en cueros.

Inicio este trabajo disculpándome, como lo haría el discípulo que traiciona a su maestro tras años de aprendizaje. Supongo que para Carlos Edmundo de Ory la perspectiva incierta de tener un biógrafo nunca le hizo renunciar a tener una vida. Y en esa vida y en su obra, como traspunto de la primera, meto las manos y la cabeza sin pensar –para evitar arañazos de conciencia– en lo que a Carlos podría haberle parecido este atrevimiento. Soy consciente de que a ningún escritor le gusta entregar su vida a un biógrafo metomentodo. Mucho más en este caso, en el que el gaditano, a mi oferta de escribir sobre él, podría, como Oliverio Girondo, responderme: «Me pide Ud. algo que no tengo: una biografía compacta y precipitada».

Sin duda, la historia de la vida de Ory está transmutada en su obra. Ambas no pueden ni deben explicarse por separado sino que constituyen la raíz de un mismo árbol definitorio de su personalidad y estilo. Con esto me refiero tanto a sus diarios, como a su poesía y obra narrativa. Precisamente, este libro aspira a poner en escena un diálogo entre esa literatura y aquellos momentos de la vida que le dieron sentido. De ese modo, obtendremos una biografía paralela, como subterránea, que explicará quizás muchas cosas de la peripecia vital que el poeta desplegó en la superficie y arrojará algún tipo de luz sobre sus acciones, escapatorias, terrores, enamoramientos, mudanzas y todas esas derivas en las cuales esa obra, y esa vida, se entendieron, o se medio entendieron.

Algunos de estos capítulos, en especial el primero, dedicado a su infancia y adolescencia en Cádiz, pueden ser un tanto vagos, y quizá hasta conjeturales. Son esos, los años de la *formatio*: sus orígenes junto a su padre, el poeta modernista Eduardo de Ory, los que darán forma a su mundo imaginario y durante los cuales los rasgos más importantes de su vida habrán de definirse. Un alma sensible que absorbió los impulsos elementales de la vida para utilizarlos posteriormente. En el siguiente, sobre el viaje de Ory a un Madrid asfixiado de consignas posbélicas, de

graves anemias culturales, el lugar de la *reformatio*, los escenarios están más documentados. Sobre la amistad con Eduardo Chicharro y Silvano Sernesi, decantada en la saludable propuesta estética del postismo, hay numerosos acercamientos por parte de contemporáneos y estudiosos. No tanto se le ha seguido la pista desde que el poeta, con 31 años, coge los bártulos y abandona España en 1954, trasladándose a París y, posteriormente, agobiado por la penuria económica, a Lima. Como Orfeo, Ory renunciará a darse la vuelta y volver a España. Elegirá el olvido, el escándalo de un olvido voluntario. El siguiente capítulo narra el regreso en precario de Ory a París con su hija recién nacida y las dificultades literarias, económicas y personales, que lejos de disiparse, envejecen con él. El último tramo de su vida, el que va de 1968 a su muerte, cuarenta y dos años más tarde, lo sitúa errante y apátrida en los territorios de la *transformatio*, primero en Amiens y luego, a pocos kilómetros, en Thézy-Glimont. Es el tiempo del «Atelier de Poésie Ouverte» y el de su redescubrimiento y reconocimiento merced a la publicación de una antología de su obra a cargo de Félix Grande en 1970. Un reconocimiento digno y merecido para quien no creía en los escalafones ni en sus infinitos grados.

Hay muchas maneras, seguramente todas atinadas, para designar la personalidad extraña y seductora del poeta gaditano. Ramón Irigoyen lo retrató hace tiempo maravillosamente: «Tiene el calor de un carro de estiércol / y más vida que un tren de lagartijas». Y Gabriel Celaya hace mucho más: «Carlos Edmundo, trasto de lo eterno / acéfalo, ternerísimo y antiguo». O Francisca Aguirre: «Ah, Quijote de la astronáutica, / Charlot del sufrimiento...». Incorregible, vulnerable, genial, sabio, mefistofélico, mago, payaso, raro, maldito, marginado, despendolado, jocundo, extravagante, díscolo, original, anárquico, alógico, diletante, visionario... y loco. Ory es quizás uno de los poetas más adjetivados de nuestra literatura. Tuvo y aún retiene dimensión suficiente como para absorber cualquier aporte definitorio. Todo para ser un gurú, un gurú de la secta heterodoxa de Duchamp, de John Cage, de Macedonio Fernández: su lucidez alucinada, su sentido sacralizado de la creación poética, su goce de lo instantáneo, su culto simultáneo al juego y a la risa.

Para aproximarme a esa raíz definitoria ha sido necesaria la frecuentación directa, curiosa, puntillosa, obsesiva, pero también maliciosa y crítica, de sus cartas, de sus diarios íntimos, de sus libros, de los testimonios orales de familiares y amigos. En ese sentido, su correspondencia y

su Diario –publicado y no publicado– han resultado para mí insustituibles a la hora de entender su vida y su obra. Me han permitido acceder a su intimidad y se han convertido en material sensible y esencial para comprender lo enigmático de su persona y de su literatura. Pero siendo su Diario importantísimo, su auténtico medio de comunicación y el verdadero tablero de la amistad fueron sus cartas. Gracias a esa buena costumbre, ya desaparecida, de preguntar y responder por escrito y de conversar en silencio he podido entrar en un mundo de ideas, sentimientos y pasiones que de otro modo se hubiese perdido para siempre. Las cartas de Ory, minuciosamente ordenadas a lo largo de toda su vida, con copia incluso de las que él remitía, son reveladoras de su obsesión por la frase perfecta, por la concienzuda arquitectura del pensamiento. Muchas de ellas son auténticos tratados sobre poesía, sobre la vida y la muerte. Con algunos de sus interlocutores –Eduardo Chicharro, Juan Eduardo Cirlot, Roberto Bolaño...– sostuvo una especie de *tour de force*, de demostración de destreza intelectual que llegaba a veces a disipar cualquier atisbo de empatía o de sentimiento hacia sus corresponsales.

Y es que Carlos Edmundo de Ory, como un escritor antiguo, pensaba antes en el destino de su obra y en el juicio de la posteridad que en la franca amistad entendida como un sentimiento de reciprocidad y de apoyo incuestionable. La tensión derivada de ese afán de trascendencia le espoleaba a escribir con una entrega absoluta y la máxima concentración de que era capaz, comprometiendo no sólo a algunos de sus amigos, que le duraban lo que le duraba el deslumbramiento inicial, sino incluso a las relaciones con su familia, con sus mujeres e hija. Esa clave trascendente en la que vivió explica su voluntad de no tirar un solo papel que le sirviera para explicarse a sí mismo tras su muerte. Tan es así que, prácticamente, reunió todos los elementos de cualquier proyecto biográfico que, a su gusto, se iniciara sobre él.

A pesar de ello, sería imposible aproximarse a la vida de Ory sin entrar en la interpretación e incluso en la especulación. Primero, porque él mismo fue un incesante especulador y segundo, porque si bien su obra tiene numerosas vetas autobiográficas, el escritor dejó por pudor no pocos puntos o momentos oscuros en torno a su figura. Etapas y acontecimientos sobre los que ni siquiera Ory –obsesivo observador, intérprete y biógrafo de sí mismo– nos ha dejado indicios. La verdad es que siempre irradió un aura de misterio. En parte porque se hacía el misterioso. Pero esa teatralidad, que sus detractores a menudo descri-

ben como una pura impostura, no disfraza, ni enmascara nada distinto, en todo caso, que eso mismo que despliega. Es decir, la lógica de ese misterio.

Para iluminarlo –o tratar de adivinarlo– no he dudado en utilizar, sin ahogarme en ella, toda la documentación existente –que la hay y mucha en algunos aspectos– y en manejar una abundante información oral, pero también he recurrido a interpretaciones arriesgadas, rastreando indicios biográficos y literarios en la significación de una fotografía, por ejemplo, o proyectando hacia el futuro elementos conformadores deducidos de comportamientos o de sucesos borrosamente rastreables en la poliédrica vida del poeta. He podido equivocarme en el camino más de una vez, abreviar o dilatar, olvidar o confundir datos, callar papeles o interpretar subjetivamente episodios, pero creo no haberme prestado conscientemente a ninguna impostura.

Porque lo cierto es que a Ory era difícil encontrarle las conexiones. Su ingenuidad empezaba y terminaba en él. Una ingenuidad que no tenía nada de ignorancia o de inconsciencia. Tan espontánea, tan segura e incólume que parecía natural. Sin término de comparación, le otorgaba una apariencia de niño disidente e incorregible. De niño que adoraba el juego y la risa, pero, en ocasiones, también de niño insolente y mal educado. Contrario al método y a todo lo que formulariamente llamamos civilización o cultura, no creía en las reglas ni en las convenciones. Era un asombrado de la vida. Era el equilibrista de Kafka, vulnerable y contradictorio. Pero él lo decía mejor: «He conservado el fondo de seda de mi niñez». O su madre: «A los cuatro años eras como eres ahora», le escribe cuando el poeta tiene cincuenta y tres años.

Junto a la ingenuidad, el amor se manifiesta en la vida y en la obra de Carlos Edmundo de Ory en toda su expansión. Un aerolito concentra, en su brevedad, su manera de sentir: «El amor es el laboratorio del poeta». Sus grandes euforias y sus grandes fracasos tuvieron que ver con el amor y con todas sus manifestaciones: la ira y la furia, pero también el goce y la tristeza, el erotismo y la muerte. Funcionaron estas como disparadores del quehacer poético del autor de *Melos melancolía*. Emilia Palomo y Denise Breuilh, su primera mujer, iluminaron las primeras décadas de vida amorosa del poeta. Otra mujer, Laura Lachéroy, lo rescató de la nostalgia en la que había caído en la etapa de madurez. Cada una marcó no solo una época suya, sino una manera de ver la vida, una manera de entender la poesía y de practicarla. Al punto de que se

podría reconstruir su biografía en función de las sucesivas presencias femeninas que lo acompañaron en el curso de su existencia, añadiendo a los amores citados la concurrencia de su madre, Josefina; de su tía Concha y de su abuela; o de su hija Solveig, esa prueba complicada del poeta con la paternidad. Momentos diferenciados sobre los que guardó la mayor de las reservas.

Si tuviera que elegir una palabra para hablar de su vida a grandes rasgos, yo mencionaría la palabra exclusión. Ory fue un excluido. Y antes que nada fue un autoexcluido. En parte, de su propia vida, de su tiempo, de la sociedad, de su familia, de la poesía. Y también un excéntrico, alguien que está fuera del centro o tiene un centro diferente. Sustitúyase centro por canon. O por escuela o corriente dominante de la época. Esa imagen suya de «solista proscrito», escurriéndose fuera del foco público, tratando de borrarse, es perceptible en buena parte de su vida de escritor.

Por eso, esa discusión, prolongada durante cierto tiempo, de si hubo cierta conspiración de silencio –él mismo trató en algún momento de hacerse entender a través de ella– orquestada contra Carlos Edmundo de Ory, carece de sólidas argumentaciones. Sinceramente lo he considerado siempre como un poeta, un escritor libre y reticente a plegarse a las convenciones de un medio literario que nunca vio con buenos ojos ni sus formas ni sus contenidos. Ha habido quien ha señalado directamente a José Luis Cano y Vicente Aleixandre como artificieros de la voladura durante tres décadas de Ory del índice de la literatura española del siglo XX. Envenenamientos y malentendidos que surgen desde la distancia y el silencio, pues lo cierto es que en España es difícil de entrañar qué grado de aislamiento de algunos escritores corresponde al azar y cuál a un poder oculto que consigue desde un despacho torcer la suerte literaria de un autor magnífico. De cualquier forma, considero que esa conspiración no tiene mucho recorrido. Su relativo apartamiento tiene más que ver con su peripecia vital, con la radical libertad de su alma, y con su relación casi intemporal e inclasificable con la literatura. Ory fue un escritor extraterritorial y casi secreto sin premeditada intención de serlo. Ya le hubiese gustado encontrar aclamación a su heterodoxia y –se olvida a menudo– a su coherencia. Pero la incapacidad de la sociedad literaria de apreciarlo hizo que el reconocimiento le fuese llegando en pequeñas dosis solo gracias a lectores fortuitos empeñados en visibilizarlo.

La vida no tiene estructura, pero una biografía debe tenerla. Le he dado varias vueltas a la forma de contar todo esto. Cómo convertir su vida, su realidad cotidiana, los puntos más polémicos de su carrera, en un libro interesante. Las páginas que siguen tratan de evocar, para el lector, la geografía que organizan los diarios citados y su última obra, *La memoria amorosa*. Desde el comienzo se traman como un sistema de núcleos correlativos: Cádiz, Madrid, París, Chosica, Amiens y Thézy-Glimont. Cada uno de estos puntos geográficos refiere a distintos Orys. Una cartografía selectiva: el Ory que se desplaza asume en cada lugar un papel distinto, es alguien con facetas ocultas y nuevas. Recuerda al Lee Marvin de *La leyenda de la ciudad sin nombre*, condenado a errar continuamente, fundando ciudades y teniéndolas que abandonar cuando la civilización le atrapa. Los lugares hacen avanzar su vida y su obra como si fueran un relato entrecortado. Se sostiene en las habitaciones de su casa natal en Cádiz, en las pensiones madrileñas, en su buhardilla de París, en un chalet convencional de Chosica en Perú, en la mística y destartalada cabaña de Amiens o en su refugio idílico de Thézy-Glimont.

Ory amaba el orden y la simetría hasta el paroxismo. Los procuraba y los propiciaba. Era un escritor serio, metódico y riguroso que revisaba y guardaba copia de casi todo como si siguiera un plan concienzudo. Nada dejaba manga por hombro, ni en sus actos ni en su pensamiento. Cualquiera hubiera pensado que esa locura inventada, esa vida angustiada, ese alma desordenada, casaría bien poco con esta ambición de escritor que sigue un estricto proceso de documentación, de escritura, de lectura y de catalogación. A algo de eso he aspirado en la realización de esta biografía: esmerarme, trabajar con cuidado, seriedad y respeto, como buen aprendiz, para ser responsable ante lo que su maestro y amigo escribió.

A esta biografía le falta precisamente su lector supremo: el que ya no está. Si como el héroe de *El Golem* de Meyrink, pudiera yo apropiarme de los pensamientos de la persona dueña del sombrero que se pone, cogería ahora mismo el de Carlos y, bien calado, me dispondría a escuchar la retahíla de sus objeciones.

Madrid-Thézy-Glimont-Cádiz, diciembre de 2017